This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND GIVEN
IN MEMORY OF
GEORGE SILSBEE HALE
AND
ELLEN SEVER HALE

UN CASAMIENTO REPUBLICANO.

REPERTORIO DE LOS BUFOS ARDERIUS.

UN CASAMIENTO REPUBLICANO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS POR LOS SEÑORES

BARDÁN, GRANÉS Y PASTORFIDO,

MUSICA DE

DON JOSÉ ROGEL.

Representada por primera vez en el teatro de los Bufos Arderius (Circo), el dia 14 de Enero de 1869.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1869.

Span 5999.111.25
Hale fund

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.....	Sta. Bernal.
LUCIA.....	Fernandez.
BERTA.....	Sra. Bardán.
LAMBERT.....	Sr. Pló.
HORACIO.....	Arderius.
CATAPLASMA.....	Caltañazor.
CÁRLOS.....	Jimenez.
VALENTIN.....	Castilla.
PABLO.....	Arverás.
UN CAPITAN.....	Castiello.
UN SOLDADO.....	Lopez.

Soldados de la república, cantineras, reclutas, criados, tambores. Coro general.

Época en Francia: 793.

Esta obra es propiedad de D. Francisco Arderius, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala humilde.—Ventana al foro.—Dos puertas á la derecha, la del primer término da á las habitaciones interiores; la del segundo entrada á la casa.—Otras dos á la izquierda: la del primer término es una habitacion interior; la del segundo es secreta y da al campo.—Sillas de madera.—Una mesa cubierta con un mantel.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

CORO y BANDA MILITAR dentro: despues LUISA; luego BERTA y CÁRLOS.

MUSICA.

CORO. Con el arma preparada
listo el brazo y la mirada,
avancemos,
registremos,
hasta el último rincon.
Mucha astucia! Gran cautela
para dar con el bribon;
y en echándole la vista
fuego en él sin compasion! (Se alejan.)

HABLADO.

LUISA. Por si espera la señal
(Coloca la luz sobre la ventana.)
voy á hacerla. (Váse.)
CARLOS. Me salvé. (Saltando.)
(Entra con la luz por la izquierda; vuelve la ronda á aproximarse. Uno de los soldados llama con la culata del fusil á la ventana. Berta se asoma á ella:)
JEFE. Di si has visto á un oficial
de las tropas del conde.
BERTA. No le he visto.
JEFE. No está aquí?
BERTA. Lo aseguro; entrad si no.
JEFE. No es preciso; fio en tí.
SOLDS. Pues marchemos.
BERTA. Se salvó!
(Repite el coro anterior.)

ESCENA II.

BERTA, luego LUISA, luego CÁRLOS.

HABLADO.

LUISA. Se alejan ya?
BERTA. Sí señora.
LUISA. Sal sin miedo, hermano mio.
CARLOS. Mucho me sorprende Luisa,
encontrarte en este sitio
en vez del criado, á quien
sueles fiar tus avisos.
LUISA. El que hoy tengo que darte
exige el mayor sigilo.
Berta, cierra la ventana.
BERTA. Voy!
LUISA. Y avisa al menor ruido. (Váse Berta.)

ESCENA III.

CÁRLOS, LUISA.

LUISA. Toma el parte de hoy.

CARLOS. Parece
que es un pliego importantísimo.
LUISA. Y ahora que ya estamos sólos
dime, ¿qué te ha sucedido?
CARLOS. Casi nada; á media legua
de aquí, desde un montecillo
ví un peloton de soldados
atravesando el camino.
LUISA. Republicanos?
CARLOS. Sin duda.
Pululan esos malditos
por la frontera, de un modo
que es una plaga!
LUISA. Y te han visto?
CARLOS. No sé; porque anochecia...
pero sentirme... de fijo;
porque al volver piés atrás
me despidieron á tiros.
Esto hizo cundir la alarma
entre los pueblos vecinos,
obligándome á cruzar
montes, pantanos y riscos,
hasta que pude ocultarme
en ese bosque contiguo.
Cayó muerto de fatiga
mi caballo, y he tenido
que seguir mi marcha á pié,
trayendo con tal motivo
más hambre que un tiburon
y más sed que un cocodrilo.
LUISA. No importa; cenarás bien,
ya que tanto es tu apetito:
precisamente te tengo
guardado un banquete opíparo.
CARLOS. Santa palabra!
LUISA. Y en cuanto
al corcel, te daré el mio.
CARLOS Gracias! Pero entónces, ¿cómo
vas á volver al castillo?
LUISA. En otro, si me lo mandan;
ó á pié, si fuera preciso.
CARLOS. Ya sé que nada te arredra.

Dios se equivocó contigo
haciéndote formar parte
del género femenino.
Montas como una amazona;
tiras mejor que yo mismo
al florete y la pistola.
Por tus varoniles bríos
harias en nuestro ejército
un papel importantísimo.

LUISA. Ojalá! Al ménos allí
prestaria algun servicio;
y no que ahora soy inútil
á nuestra causa.

CARLOS. Qué has dicho?
Inútil tú, hermana mia,
cuando por tí recibimos
noticias de esos valientes
que están por su rey legítimo
peleando en la Vendeé!

LUISA. Cumplo un deber.

CARLOS. Convenido.
Pero expones tu hermosísima
cabeza; porque el amigo
Robespierre, si te descubre,
no reparará en pelillos.

LUISA. Ya haré yo que no me atrape.

CARLOS. Pues si te ves en peligro,
deja nuestra casa, y huye
del territorio enemigo.
Tienes dinero?

LUISA. Bastante,
siempre llevo en el bolsillo...

CARLOS. Si te persiguieran, corre
á Nendorf; cerca del rio
está siempre Hams el barquero,
que á nuestra causa es adicto.
Cruzas el Rhin en su barca,
entras luego en el camino
real y en Mehin te reunes
á los nobles fugitivos.
(Ruido lejano de tambores.)

ESCENA IV.

DICHOS, BERTA.

BERTA. Señor vizconde!
CARLOS. Qué hay?
LUISA. Qué sucede?
BERTA. Se oye ruido
de tambores.
CARLOS. Es verdad.
LUISA. Ay Cárlos! véte ahora mismo.
CARLOS. Sin cenar?
LUISA. Y qué remedio?
No te halles en un conflicto.
CARLOS. Y el caballo?
BERTA. Está dispuesto;
y ya un buen pienso há comido.
CARLOS. Luisa, un abrazo! Adios, Berta.
LUISA. Cárlos!
CARLOS. Valor! (Váse puerta izquierda.)
LUISA. Yo confio
en volver á verte pronto.
BERTA. Vírgen de los afligidos!
protegedle!
LUISA. Va que vuela.
Lloras?
BERTA. No tengo motivos,
cuando os ví nacer y os quiero
como si fuérais mis hijos,
y veo que la fortuna
se ha empeñado en perseguiros?
Ois, señorita? (Llaman.)
LUISA. Sí;
oigo que llaman.
BERTA. Dios mio!
y qué haremos?
LUISA. Toma, abrir.
BERTA. Y si entran?
LUISA. Segun colijo
para eso llaman. Pregunta
quién es.

BERTA. Quién?
PABLO. (Dentro.) Yo.
BERTA. (Abriendo la puerta.) Pablo?

ESCENA V.

DICHOS, PABLO.

PABLO. El mismo.
Gracias á Dios! Señorita,
aún aquí?
LUISA. Qué ha sucedido?
PABLO. Una gran desgracia!
LUISA. Cuál?
PABLO. Que han registrado el castillo
de Vernay dos enviados
del comité.
BERTA. Jesucristo!
PABLO. Os han denunciado!
LUISA. Sí?
Já! já! es lance divertido!
BERTA. Os reis?
LUISA. Quieres que llore?
En estos momentos críticos
hace falta el buen humor.
BERTA. Y qué hareis?
LUISA. Es muy sencillo;
atravesar la frontera.
PABLO. Imposible! Yo he oido
las más terminantes órdenes
respecto á los fugitivos
que intenten expatriarse,
y caereis en el garlito.
LUISA. Esperaré algunos dias.
BERTA. Pero dónde?
LUISA. En cualquier sitio.
Aquí.
BERTA. En esta granja?
LUISA. Sí.
BERTA. Y vendrán esos malditos
republicanos...
LUISA. Si vienen,

te felicitan, de fijo,
por ser madre de una hija
que tiene tan buen palmito.

BERTA. Si mi hija está en Ersteim!

LUISA. Haz cuenta que ya ha venido.

BERTA. Ah! comprendo vuestro plan.
En ese cuarto contiguo
tiene su ropa Isabel.

PABLO. Daos prisa, que ya he visto
salir del pueblo soldados.

LUISA. Bueno! Tú vuelve al castillo.

PABLO. En seguida. (Váse.)

LUISA. Tú te quedas
aquí para recibirlos.

BERTA. Vírgen Santa!

LUISA. Ten valor! (Váse.)

BERTA. Eso es bueno para dicho.

ESCENA VI.

BERTA, SOLDADOS, luego HORACIO y tambores.

SOLDS. Ah de casa!

BERTA. Quién me llama?

MUSICA.

SARG. Un sargento y diez soldados
que en virtud de esta boleta
aquí vienen alojados.

SARG. CORO. La república nos llama
sus valientes defensores,
somos buenos bebedores
conque ya no hay más que hablar.
Franco paso y limpia cama
has de darnos en seguida,
y una mesa bien servida
y un buen fuego en el hogar.
Esto es decir,
que queremos cenar
calentarnos y luego dormir.

BERTA. No hay más que pedir?

CORO. No más! No más!
BERTA. Pues bien, os podeis ir
con Barrabás!
CORO. Hacernos tal ultraje,
vieja de Satanás!
SARG. Adentro!
BERTA. Nadie pasa.
CORO. Ira de Dios!
BERTA. Atrás!
no pasareis!
CORO. Ya lo verás.
(Dirigiéndose á la primera puerta izquierda.)
HORACIO. (Saliendo con los tambores y reclutas.)
Vais á dejar sorda
á toda la poblacion
cuando sólo ese derecho
lo tiene el tambor mayor.
CORO. Va á quedarse sorda
aquesta poblacion
cuando sólo ese derecho
lo tiene el tambor mayor.
HORACIO. Con mis galones y mis borlones
blandiendo siempre mi baston
soy mas temido y hago mas ruido
que un general de division.
Cuando en una ciudad
entra mi batallon
yo soy en realidad
quien llama la atencion.
CORO. Es verdad, es verdad.
HORACIO. Soy el Adonis de las doncellas,
y soy el coco de los maridos;
asusto á ellos y agrado á ellas
con mis bigotes tan retorcidos.
CORO. Con sus galones y sus cordones
blandiendo siempre su baston,
es más temido y hace mas ruido
que un general de division

HABLADO.

HORACIO. Salud y fraternidad

es mi emblema, ciudadana,
ya veis que en todo se gana
más con la amabilidad.
Aquí espero estar contento
ya que tu génio es benigno.
Por consiguiente, me digno
aceptar tu alojamiento.
Sé que está en tu corazon
el júbilo rebosando;
por eso no te demando
más que un pequeño rincon,
en el cual holgadamente
pueda descansar tranquila,
mi persona y mi mochila
y mi baston y mi gente.

BERTA. El ciudadano tambor
será servido en un todo.

HORACIO. En vista de tu buen modo
te voy á hacer un favor.

BERTA. Lo admitiré con placer.

HORACIO. Ciudadana, en este instante
nos darás cena abundante
y buen vino que beber.
Y te hago formal promesa
de que por toda la vida
te quedará agradecida
la república francesa.

BERTA. No me importa esa señora...

TODOS. Cómo!

BERTA. Más yo siempre gozo
en complacer á un buen mozo.

HORACIO. Debia abrazarte ahora;
pero eres vieja y rechazo
el deseo de abrazarte.
Me contentaré con darte
las gracias, sin el abrazo.

BERTA. Bien! Voy por la cena. Ah! Dí...

HORACIO. Qué?

BERTA. Ciudadano tambor,
nos vais á hacer el honor
de estar mucho tiempo aquí?

HORACIO. La república francesa

no me ha querido informar
sobre ese particular.

BERTA. Pues voy á servir la mesa.

HORACIO. Dime, tu pregunta es
por calcular la ración
de vino?

BERTA. Sí.

HORACIO. Pues supon...
que vamos á estar un mes.

BERTA. Traeré racion suficiente;
la advertencia no es precisa.
Pronto vuelvo. (Vase.)

HORAGIO. Date prisa,
que el beber siempre es urgente.
Lo veis? Yo con mi buen modo
logré más que todos juntos.
En esta clase de asuntos,
la buena forma es el todo.
Si á mi amable peticion
ella hubiese puesto traba,
entónces, aún me quedaba
el recurso del baston.
Que el postrer razonamiento
no siendo el más fuerte, es malo,
En buena lógica, el palo
es el último argumento.

BERTA. Ya está la cena. (Sale con dos criados.)

HORACIO. Al asalto!
quiero decir, al mordisco!
Te erigiré un obelisco
sobre un pedestal muy alto,
con esta frase esculpida
entre flores y coronas:
«Al Fenix de las patronas,
la patria reconocida.»
Pero el gozo me entusiasma.

BERTA. A cenar!

TODOS. Á cenar, sí!

ESCENA VII.

DICHOS, CATAPLASMA.

CATAP. Eh, alto!

HORACIO. Tú por aquí
ciudadano Cataplasma?
CATAP. Voto al diablo! Haced lugar
en vuestra mesa á un amigo:
que yo tambien ceno, digo,
yo tambien quiero cenar.
HORACIO. Aquí no se da cuartel.
CATAP. Por piedad, que vengo hambriento!
HORACIO. No tienes tu alojamiento,
boticario de Luzbel?
CATAP. Sí, pero allí no se usa
tomar ni un sólo bocado...
Sabeis dónde han alojado
á este infeliz?
TODOS. No.
CATAP. En la Inclusa!
HORACIO. La Inclusa! Justicia eterna!
Admiro tu sábio código!
Tú has hecho que el hijo pródigo
vuelva á la casa paterna!
CATAP. Ay, Horacio! Amigo mio,
tu indirecta no me choca.
Traigo la cabeza loca
y el estómago vacío.
El contároslo me humilla.
Llegué allí de hambre acosado,
pedí cena...
HORACIO. Y qué te han dado?
CATAP. Una taza de papilla!
Encerrarme en un lugar
con cien chiquillos feroces
que me pedian á voces
lo que yo no puedo dar!
Y qué gritos, Dios eterno!
Si aquellos niños artistas

parecian periodistas
hablando mal del gobierno!
Mi voz les quiere exortar...
les expongo mis razones,
pero nada; los mamones
gritan: «¡yo quiero mamar!»
callad, les digo, malditos;
yo tambien tengo hambre y callo;
pero por más que alzo el gallo
no puedo calmar sus gritos.
Y ofuscada mi razon,
oir creo sin cesar:
«mamá, yo quiero mamar,
la muerte ó el viveron!»

HORACIO. Contratiempos tan frecuentes
no valen que te incomodes.

CATAP. Ay! Comprendo por qué Herodes
degolló á los inocentes!

HORACIO. Conmueve mi corazon
tu aventura singular.
Puedes sentarte y cenar,
ciudadano Salomon.

CATAP. Dame otro nombre.

HORACIO. Me pasma
que del tuyo verdadero
reniegues.

CATAP. Pues sí; y prefiero
que me llames Cataplasma.
El de Salomon, simpático
no es á ningun buen francés.
Para nuestros tiempos, es
demasiado aristocrático.
Fué el de un rey á los placeres
tan dado, que por mis cuentas,
tenia al año trescientas
sesenta y cinco mujeres.

HORACIO. Sopla!

CATAP. Y en los datos estos
olvido el mayor quizás!

HORACIO. Cuál?

CATAP. Que tenia otras más
para los años bisiestos.

HORACIO. En lo galante y cortés
tú á Salomon has vencido;
porque tú eres un Cupido
que te gustan cuantas ves.
CATAP. Es verdad!
HORACIO. Pues ten presente
que hay una que me interesa,
y si haces el oso á esa...
CATAP. Á Lucía?
HORACIO. Justamente!
Yo tengo predileccion
por la bella cantinera,
y no aguanto que cualquiera
me robe su corazon.
CATAP. Si ella te ama y con placer
te lo ha dicho...
HORACIO. Buen capricho!
Pues si me lo hubiera dicho,
seria ya mi mujer!
CATAP. Cómo!
HORACIO. Como eso se hace.
Se forma en hilera doble
toda la banda... un redoble
y... abur! *Requiescat in pace!*
Esa es hoy la moda, y esa
la práctica porque pasa
el ciudadano á quien casa
la república francesa.
No há menester más pinturas
para casarse un soldado,
desde que hemos licenciado
el batallon de los curas.
CATAP. Y piensas, voto á tu casta!
que ella acepte ese papel?
Piensas que se hizo la miel
para la boca de?...
HORACIO. Basta!
No uses los dicterios esos
por cuatrocientas razones.
CATAP. Primera!
HORACIO. Porque te expones
á que te rompan los huesos.

CATAP. Tú á mí!
HORACIO. Ahora lo verás!
CATAP. Como te acerques, repara
que voy á echarte á la cara
este frasco de agua-rás. (Sacando un frasco.)
HORACIO. Canalla!
CATAP. No me exasperes!
HORACIO. Voy á arrancarte el pellejo!
CATAP. No te acerques, ó te dejo
más feo de lo que eres!

ESCENA VIII.

DICHOS, LAMBERT, VALENTIN.

LAMB. Qué es eso! Una pelotera?
Un desafío?
HORACIO. Si á fe!
LAMB. Contad conmigo. Seré
el padrino de cualquiera.
CATAP. Con este zopenco riño,
porque á las barbas no quiero
que se me suba.
LAMB. Á tí! Pero
si tú eres barbilampiño!
HORACIO. Á mi bella cantinera
ama, y mi coraje enciende.
CATAP. Es mi rival, y por ende
es necesario que muera!
HORACIO. Ya de los dos, sobra uno!
CATAP. De celos estoy ya ciego!
LAMB. Y si resultare luego
que ella no quiere á ninguno?
HORACIO. Fuera nuestra empresa vana.
LAMB. Y locos tantos extremos.
HORACIO. Me has convencido. Dejemos.
el duelo para mañana.
CATAP. Mañana será otro dia.
HORACIO. Pues pelillos á la mar!
CATAP. (Con Lucía hoy he de hablar!) (Váse.)
HORACIO. (Hoy he de hablar con Lucía!) (Váse.)
LAMB. Ya habeis cenado?

TODOS. Sí.
MAMB. Bueno.
No necesito excederme
en probar, cuán bien se duerme
con el estómago lleno.
Y pues la casa es escasa,
id vosotros al pajar
á dormir. Podeis estar
allí como en vuestra casa. (Vánse.)

ESCENA IX.

LAMBERT, VALENTIN.

LAMB. Bravo! Se van y me agrada.
VAL. Ay!
LAMB. Estás de mal humor,
Valentin?
VAL. Ay! No señor.
LAMB. Como no decias nada...
VAL. Qué ha de hacer en mi lugar
quien asiste á tanta mengua,
sino morderse la lengua
y oir y ver y callar!
LAMB. Valentin!
VAL. Veo el papel
que estais haciendo, y me aflijo!
Vos bajo este techo! El hijo
del noble marqués D'Estrel!
LAMB. Eh! Qué importa?
VAL. No os da asco
dormir sobre un pobre lecho,
vos, que siempre lo habeis hecho
entre colchas de damasco?
LAMB. Pues á mí se me figura
que esto es más sano.
VAL. Señor!
LAMB. Y que se duerme mejor
cuando la cama es más dura.
VAL. No opino yo de igual modo.
LAMB. Pues yo sí.
VAL. Pero eso es,

porque vos, señor marqués,
os acomodais á todo;
y alternais como un cualquiera
con esa gentuza basta:
y en fin, os rebajais, hasta
rondar á una cantinera.
Y yo, voto á Belcebú!
me pongo en cambio iracundo
viendo que aquí todo el mundo
se atreve á hablaros de tú.
Y hasta por eso al fin paso;
por lo que no paso, es
porque vos, señor marqués.
sirvais de soldado raso.
En mi inteligencia escasa
sufrir con resignacion
tal ofensa, es un borron
para nuestra noble casa.

LAMB. Y en los tiempos que vivimos
qué habia yo de hacer?

VAL. Qué?
reuniros al de Condé
como han hecho vuestros primos.

LAMB. Justo! Y por mi intolerancia
ayudar, mal caballero,
con mi espada, al extranjero
que viene á invadir la Francia.
Valentin, tal proceder
no es propio de la nobleza.

VAL. Pero...

LAMB. Eso es una vileza
que no quiero cometer.
Y extraño esa terquedad
en tí, que á América fuiste
con mi padre, y defendiste
su naciente libertad.

VAL. Es que en aquellas regiones,
los partidarios franceses
todos eramos marqueses...
ó cuando ménos barones.
Pero aquí, por el contrario,
no se encuentra un caballero,

y todo es populachero
y vulgar y estrafalario.
Oir los nombres me pasma,
que se da esa gentecilla.
El cabo Zarzaparrilla,
el sargento Cataplasma...
Y ni aun sosiego disfruto
cuando con risa benévola
os tutea el cabo Scévola
y os manda el teniente Bruto.
Y á este acaso el nombre cuadre,
Mandar al marqués D'Estrél,
que salió ya coronel
desde el vientre de su madre!

LAMB. Yo no sé si me acomodo
á la República ó no,
lo que sé es que amo yo
á mi patria ántes que todo;
y mientras la intolerancia
de nobles, de mala ley,
da gritos de «viva el Rey»
yo grito «¡viva la Francia.!»

VAL. Pero....

LAMB. Y basta de reproches.
Demos al coloquio fin,
que ya es hora. Valentin,
acuéstate y buenas noches. (Lo hace Lambert.(

VAL. Ántes que el sueño os hablande
peinaros me corresponde.

LAMB. Vete al infierno!

VAL. Iré dónde
el señor marqués me mande.

MUSICA.

(Lambert se coloca encima de la mesa, sirviéndole su morral de cabecera. Valentin saca del suyo una campanilla que coloca sobre una silla al lado la mesa. Despues se sienta en otra silla, se pone un gorro blanco, saca un rosario y rezando se queda dormido.)

ESCENA X.

DICHOS, acostado, LUISA.

LUISA. Duermen... pero ántes del alba
han de atravesar el Rhin.
Si el jefe me diera un pase
yo me podria evadir.
Está cerrada la puerta...
probemos...

LAMB. Quién anda ahí?

VAL. Quién llama?

LUISA. (Qué compromiso!)

LAMB. Qué veo! es un serafin!

LUISA. Gracias!

LAMB. Deja que me asombre
pero déjate querer.

VAL. (Desde Adan, quien pierde al hombre,
siempre ha sido la mujer!)

LAMB. No de los triunfos de Marte
mayores las glorias son.
Cupido con flechas, parte
el más fuerte corazon.
Hoy logra el dios vendado
mas altá gloria;
tú ganas á un soldado
hoy la victoria.
Mírame, niña bonita
arrodillado á tus piés:
que lo valiente, no quita
á lo cortés.

LUISA. De las victorias de Marte
los hombres vcítimas son;
de la mujer es el arte
conquistar un corazon.
Si hoy logra el díos vendado
darme esa gloria
jamás habré ganado
mayor victoria.
Á una doncella no irrita

ver á un buen mozo á sus piés;
que lo de honesta, no quita
á lo cortés.
(Conviene que le engañe
dejándome querer.
Así para evadirme
podré servirme de él.)

VAL. (La chica le da cuerda
dejándose querer.
Él piensa que la engaña
y el engañado es él.)

LAMB. (Por franca y por resuelta
me agrada esta mujer,
si logro su conquista
feliz me llamaré.)
Dime si te agrado yo
cómo me agradas tú á mí?

LUISA. Yo no le digo que no;
mas no le digo que sí.

LAMB. Eso no es quedar en nada.

LUISA. Sólo le confesaré
que la milicia me agrada.

LAMB. Sí?

LUISA. Lo juro por mi fe.
Yo sé marchar al paso redoblado;
yo sé tambien la carga á discrecion.
Venga un fusil, y otro mejor soldado
no se ha de hallar en todo el batallon.

LAMB. Sabe marchar al paso redoblado,
VAL. sabe tambien la carga á discrecion.
Dadle un fusil, y otro mejor soldado
no se ha de hallar en todo el batallon.

HABLADO.

LAMB. Conque es tanta la aficion
que por la milicia tienes?

LUISA. Mucha! En viendo un uniforme,
no sé lo que me sucede.
Y es que toda mi familia
ha sido en eso igual siempre.

Mi padre murió en el campo
del honor; la misma suerte
tuvo mi primo: mis dos
hermanos están batiéndose
por causa de la república.
Y hasta tengo por apéndice
una tia vivandera
de un batallon, que se bebe,
y casi nunca lo paga,
el aguardiente que vende.

LAMB. Hola! tienes una tia
vivandera?

LUISA. Y si supieseis
qué envidia me da!

LAMB. Sí?

LUISA. Mucha.

LAMB. Te gusta el oficio ese?

LUISA. Se me antoja que ha de ser
una vida muy alegre.

VAL. Muy alegre. ¡Ay!

LAMB. Ya lo creo!

LUISA. Como que si me atreviese
os pediria un favor.

LAMB. Pues anda, muchacha, atrévete!
Lambert no desea más
que probarte que te quiere.
(Queriendo abrazarla.)

LUISA. Eh! ciudadano soldado!

VAL. Qué escándalo!

LAMB. Calla y duérmete,
majadero!

VAL. Eso quisiera
para no veros tan débil!

LAMB. Vamos, habla, qué deseas?

LUISA. Pues mi gusto únicamente
seria ir con el ejército
ahora, que segun parece,
va á empeñarse la campaña.

LAMB. No hallo en eso inconveniente.

LUISA. (Me he salvado!)

LAMB. Y hasta yo
me encargo de complacerte,

si ántes oigo de tus labios
un «yo te amo.»

LUISA. Exigente
sois en verdad! Todavía
no entiendo bien esa especie
de lenguaje; y sólo puedo
ir poco á poco aprendiéndole.

VAL. Ay! ay! ay! que ya se ablanda!

LAMB. Aún no te has dormido, imbécil?

LUISA. Y para lograr mi intento,
qué es preciso?

LAMB. Lo siguiente:
Pondré cuatro letras al
brigada del treinta y siete,
cuyo regimiento está
sin cantinera, y tú puedes
entregárselas, apenas
aquí el regimiento llegue,
que será mañana mismo.
Conque dime, entre paréntesis,
cuál es tu nombre?

LUISA. Isabel.

LAMB. Pues voy...

LUISA. Pero no es más breve
el que en vuestro regimiento
hicierais que me admitiesen?

LAMB. Justo! Y nuestra cantinera,
que es una moza muy terne
y de un génio tan maldito
que suelta cada cachete!...
al ver que la suplantabas
vendria aquí echando pestes,
y te sacaba los ojos
como cinco y dos son siete.
Y á fe que no se reemplazan
ojos como los que tienes,
(Lucía sale y oye los últimos versos.)
porque se crian muy pocos
y no abunda la simiente.

ESCENA XI.

DICHOS, LUCÍA.

LUICA. Bien, camarada Lambert!
Sigue; por qué te detienes?
VAL. (Ya se armó!)
LUCIA. Voto al infierno!
Un soldado derritiéndose
con una mozuela! Rayos
y centellas! Pues y este...
que mientras tú la requiebras
está fingiendo que duerme!
Se conoce que le gustan
cierta clase de papeles.
VAL. Hay tamaña desvergüenza!
decirme... Santa *Dei genetrix*!
LAMB. Lucía, déjame en paz
y no insultes á las gentes.
LUCIA. Así paga el arrastrao
los favores que me debe!
Yo le he ofrecido mi amor,
y mi mano y mi aguardiente,
y mi posicion social;
y él... nada! Como si fuese
de piedra!
LAMB. Mira, Lucía,
me estás estorbando, vete!
LUCIA. (Me ahoga el despecho!) No creas
que he venido aquí por verte.
Vengo á decirte, de parte
del capitan, que te tiene
que comunicar al punto
una órden muy urgente.
LAMB. Y me lo dices ahora?
Dispénsame que te deje,
Isabel, pero el servicio
me llama, y...
LUISA. Tened presente
mi encargo.
LAMB. Descuida. Abur! (Vase.)

VAL. Eh! corre más que una liebre!
ciudadano, que te marchas
sin sombrero! no me atiende!
Que te vas á constipar!
Le alcanzaré aunque reviente!
(Va corriendo detrás.)

ESCENA XII.

LUISA, LUCÍA.

LUCIA. (Mil rayos! ya estamos solas.
Ahora veremos quién vence.)
LUISA. (Qué ojos me echa esta mujer!)
LUCIA. Escucha, cara de viernes.
Qué hacias tú con mi novio?
LUISA. Vuestro novio?
LUCIA. Justamente!
Lambert, estás?... que se peina
para mí sola, lo entiendes?
Qué hacias con él?
LUISA. Yo? nada:
le escuchaba únicamente.
LUCIA. Y qué te decia?
LUISA. Toma!
cosas muy bonitas!
LUCIA. Puede?
LUISA. Me decia que mis labios
son rojos como claveles.
LUCIA. Hola! y qué más?
LUISA. Me decia...
que son de marfil mis dientes;
me decia, que mi cutis
es más blanco que la nieve...
me decia, que soy linda...
me decia, que me quiere. .
me decia...
LUCIA. Me decia...
me decia... calla imbécil! (Haciéndole burla.)
cómo habia de decirte
que te amaba? Te parece
que entre tú y yo, fueras tú

la que Lambert eligiese?
Yo siento crecer la yerba,
y tú, de puro inocente,
eres tonta: yo soy guapa
y tú fea! tú parece
que nunca has quebrado un plato,
y yo soy ágil, valiente,
osada... conque, figúrate
si es posible que él desprecie
por una muchacha insípida
á una mujer de mi temple!

LUISA. Pues á pesar de ser tonta,
le dejé hablar, sin hacerle
caso al principio.

LUCIA. Y al fin?

LUISA. Al fin... logró convencerme

LUCIA. Ya!

LUISA. Y le concedí una cita.

LUCIA. Una cita! Y la insolente
lo confiesa!

LUISA. El pobrecito
me la pidió tantas veces!...

LUCIA. (Me dan impulsos de ahogarla.
Pero no... más me conviene
disimular.) Y esa cita
dónde es?

LUISA. Me dijo que fuese
á la casa blanca.

LUCIA. Cómo!
Tan lejos!

LUISA. Sí, solamente
dista legua y cuarto.

LUCIA. Y piensas
ir allá, sin que te arredre
el ir sola?

LUISA. Yo presumo
que ninguno ha de comerme.

LUCIA. (Vamos, es tonta!)

LUISA. Ademas,
conozco perfectamente
el camino, y si no ved...
Esa senda que se pierde

á lo lejos, lleva al bosque:
ya en el bosque, frente á frente
se encuentra una cruz de piedra:
una vez allí se tuerce
á la izquierda, hasta encontrar
la casa blanca.

LUCIA. Corriente!
Siendo así... (Con tales señas
es imposible perderse.)
Vaya, abur!

LUISA. Dónde vais? Alto!

LUCIA. Dónde? (Caiste en tus redes!)

LUISA. Qué dices?

LUCIA. Que quien va á hacer
ese viaje, y muy en breve,
soy yo!

LUISA. Qué infamia!

LUCIA. Eh, silencio!
Pobre de tí si te mueves!

LUISA. Eso es una picardía!

LUCIA. Sufre y llora y rabia y muerde.
(Váse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

LUISA.

Já, já! Corre, corre, estúpida!
Yo, entre tanto que tú vuelves,
ocupo tu puesto; finjo
que me has dado tus poderes,
y llego así á la frontera
sin que nadie me moleste.
Pero no hay que perder tiempo;
voy á vestirme. Ellos vienen. (Váse.)
(Primera puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

LAMBERT, VALENTIN, SOLDADOS.

LAMB. Conque ya estais enterados;
segun me ha comunicado el jefe

al elegirme por guia,
el itinerario es este.
Salimos de aquí á las cuatro;
á las cinco, si os parece,
atravesamos el Rhin;
á las seis se arma el julepe,
pun, pun, pun... y somos dueños
de la Alemania á las siete.
Podria ocurrir tambien
el que esto no sucediese,
y entónces sucederia
una cosa diferente.
En fin, lo que importa ahora
y ántes de que el frio arrecie,
es confortar el estómago
con dos copas de aguardiente.

VAL. Aguardiente! Y no seria
mas arreglado á la higiene
un vaso de agua con un
esponjado?

LAMB. Calla, imbécil!
pero dónde está Lucia?
La cantinera es la fuente
y no podemos beber
si esa muchacha no viene.
Ea! en marcha, camaradas!
(Yo no sé por qué, me duele
separarme de Isabel.)

ESCENA XV.

DICHOS, HORACIO, CATAPLASMA.

HORACIO. Salud á la buena gente!

LAMB. Venís vivos? Segun eso
el duelo no ha sido á muerte?

CATAP. No ha sido á muerte ni á nada,
la cosa no lo merece.

HORACIO. Cierto: hemos dicho á Lucía
que entre los dos eligiese,
y ella nos ha contestado
que tan cataplasma es este

como yo.

LAMB. Brava respuesta!
Esas calabazas deben
remojarse con un trago.

TODOS. Hurrá!

LAMB. Lucía!

ESCENA XVI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. (De aldeana con la cesta y el barrilito de Lucía.)
Presente.

MUSICA.

Yo soy ahora la cantinera
que marcha al frente del batallon.

HORACIO. Pues dónde ha ido la verdadera?

LUISA. Ha presentado su dimision,
y de suplirla
me encargo yo.

HORACIO. No lo consiento;
mil veces no!

LAMB. Porqué motivo,
CORO. vamos á ver,
no ha de servirnos,
esta mujer?

LUISA. Cuando el recluta inesperto
entra en un recio combate
y de afan ó miedo late
en su pecho el corazon:
cuando un herido vacila
y entre la sangre que vierte,
acercarse de la muerte
ve la pálida vision
su escaso aliento pronto perdiera
á no servirle la cantinera
una copita de rom.

TODOS. Tiene razon, tiene razon.
Su escaso aliento pronto perdiera

á no servirle la cantinera
una copita de rom.

LUISA. Yo llevo siempre para mi gente
rom y aguardiente.
de lo mejor:
y al que se cubre con mi bandera
la cantinera
presta valor.

LAMB. Por un hermano, por un amante,
capaz seria de entrar en lid?

LUISA. Marchar me vierais siempre adelante
con el arrojo que tuvo el Cid.
Arde en mi pecho altivo
sed de combate y gloria.
Himnos á la victoria
quiere mi voz cantar.
Marchar deseo al frente
del bravo regimiento,
al belicoso acento
del coro militar.

TODOS. Arde en su altivo pecho
sed de combate y gloria;
himnos á la victoria
quiere su voz cantar.
Marchar desea al frente
del bravo regimiento
al belicoso acento
del coro militar.
Vamos á la pelea
como los héroes van.
Hurrá! nuestra voz sea
rataplan, plan, plan.

(Marcha Horacio al frente de la banda de tambores, los reclutas y soldados detrás de Lambert: Lucia y Cataplasma los últimos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un campamento militar, á la izquierda la cantina, á la que se sube por una pequeña escalera con escalones á derecha é izquierda y un letrero que diga: «Cantina del 24 de línea.» Á la derecha un torreon. Al foro tiendas de campaña. Los soldados aparecen echados formando grupos y cubiertos de nieve. Al levantarse la cantina figura rayar el alba y nevando. Una banda militar toca dentro diana, y una patrulla atraviesa la escena.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS, CATAPLASMA, y luego LUISA, que sale de la cantina.

MUSICA.

CORO. Ya el toque de diana
anuncia el claro dia,
y á fe que la mañana
no puede ser más fria.
Cualquiera diria
sin vacilar,
que lo que hacemos
es tiritar.
El medio de que el cuerpo

entrar pueda en calor
no es otro que el de echarse
un trago de licor.
La cantinera
nos servirá.
Vamos allá,
vamos allá.

(Llamando en la cantina.)

LUISA. Quién va?
CORO. Toda esta gente,
cara de sol,
pide aguardiente
ginebra y rom.
LUISA. De complaciente
me precio yo.
CATAP. Hay aguardiente,
ginebra y rom,
yo quiero hermosa
otro licor.
LUISA. Cuál?
CATAP. El que llaman
perfecto amor.
LUISA. Siento en el alma
decir que no:
de esa bebida
no tengo yo.
CATAP. No te me escapas
sin darme un beso.
LUISA. Pues si te empeñas
allá vá eso.
CORO. Já! já! já! já!
Bien empleado está.
CATAP. Por qué con desvío
cruel é inhumano
esquivas el rostro
y alargas la mano?
LUISA. El hombre no es bueno,
y yo por lo mismo,
si mucho se acerca
le rompo el bautismo.
El hombre es una calamidad
y yo prefiero mi libertad.

CORO. Con todos quiere
mostrarse esquiva,
gritando, viva
la libertad!

LUISA. Con todos quiero
mostrarme esquiva
gritando, viva
la libertad.
El uno que es necio,
el otro que es pillo,
aquel cataplasma,
y aquel tabardillo.

UNOS. La culpa es sólo tuya.

OTROS. Tú fuiste quien la tuvo.

OTROS. Quien la tuvo fuiste tú. (Sacan los sables.

TODOS. El sable dirima
tan grave cuestion,
y pronto veremos
quién tiene razon.
Todo se mide en el mundo
por este compás, zís, zás. (Batiéndose.)
El más elocuente siempre
ha sido el que pega más.

CATAP. Órden, órden, compañeros,
calma, por piedad;
los limpios aceros
volved á envainad.

CORO. El sable dirima! etc., etc.

(Llamada general. Vánse todos atropellando á Cataplasma.)

ESCENA II.

CATAPLASMA, luego HORACIO.

HABLADO.

CATAP. Ay! que se me ha roto un hueso,
ay, pobrecito de mí!
Ay!

HORACIO. Cataplasma, ¿qué es eso?

ATAP. Ay!
HORACIO. Por qué gritas así?
CATAP. Ay, Horacio; no te asombre
oir mis quejas y ver
en qué estado pone al hombre
el amor de una mujer.
HORACIO. Isabel?
CATAP. Lo has acertado.
Ella es causa de mi mal!
HORACIO. Conque te has enamorado?
CATAP. Lo mismo que un animal.
HORACIO. *Tu quoque Brutus!*
CATAP. Ay! sí.
Y cómo no, si es tan bella!
HORACIO. Al ménos, la moda aquí
es enamorarse de ella.
CATAP. Y tú?
HORACIO. Mi amor no varía
ni yo en eso admito modas.
Sólo me gusta Lucía.
CATAP. Pues á mí me gustan todas.
Si una me parece hermosa,
á otra la encuentro mejor;
soy como la mariposa
que salta de flor en flor.
De cuantas veo en paseo
me voy, sin querer, detrás;
y la última que veo
es la que me gusta más.
Y es un vicio que barrunto
que mi papá me pegó,
pues mi papá en ese punto
era lo mismo que yo.
HORACIO. Conque á ninguna eres fiel?
CATAP. Está en mi temperamento.
HORACIO. Y aún no le has dicho á Isabel
tu atrevido pensamiento?
CATAP. Ay! sí; y con suerte funesta
hoy le mostré mi pasion.
HORACIO. Sí? Y cuál fué su respuesta?
CATAP. Un tremendo bofeton.
HORACIO. Caro pagaste el capricho.

CATAP. Pues no es esto lo cruel,
si no que hoy Lambert me ha dicho
que me va á arrancar la piel.
HORACIO. Si es así, yo te haré honor.
Tendré un gusto extraordinario
en ver cuál suena un tambor
con la piel de un boticario.
CATAP. No has de verte en ese espejo,
eso seria un abuso;
y yo, chico, mi pellejo,
le quiero para mi uso.
HORACIO. Desafíale tú.
CATAP. Cá!
nunca me desafié!
Si yo me bato, será
de un modo que yo me sé.
HORACIO. Cómo?
CATAP. Á veneno, hijo mio.
HORACIO. Vaya una majadería!
CATAP. Pues ese es el desafío
que está de moda en Turquía.
(Aparece Luisa á la puerta de la cantina.)
HORACIO. Silencio! No es ella?
CATAP. Sí.
Ay! ya empieza el tipitá!
Chico, vámonos de aquí,
que no sé lo que me da. (Vánse.)

ESCENA III.

LUISA.

Al fin todos se han marchado.
Excepto el tambor mayor,
no queda un solo soldado
que no me haya hecho el amor.
Nunca fuí tan obsequiada;
pero, si franca he de ser,
el único que me agrada
es ese pobre Lambert.
Es tan tierno y delicado
cuanto me ha dicho hasta ahora,

que no es propio de soldado
la frase con que enamora.
En sus miradas transpira
un amor tan verdadero,
que cada vez que me mira
me está diciendo «te quiero.»
Me inspira tanto interés
que, á ser yo simple pechera,
y aun sin serlo, lo cierto es
que no siento que me quiera.

ESCENA IV.

LUISA, LUCÍA.

LUCIA. Isabel!
LUISA. (La cantinera!
me cayó la lotería!

MUSICA.

LUCIA. Voto á mil diablos!
Ya te encontré.
Pronto veremos
quién vence á quién.
LUISA. Ese lenguaje
me hace creer...
LUCIA. Que amas á un hombre,
y ese es Lambert.
LUISA. Juro...
LUCIA. Es inútil!
Ya no doy fe
á tus palabras.
LUISA. Óyeme bien.
Yo en mi aldea en paz vivia
y Lambert me dijo un dia
que era yo la que él queria
con profunda idolatría.
LUCIA. Basta ya, por vida mia!
Esa es mucha algarabía.
Si no cesa tu porfía

vas á dar con una arpía.

LUISA. Hado cruel!
Pues tú lo quieres, renuncio á él.

LUCIA. Hado cruel!
Venganza pido contra el infiel.
Esto no puede
quedar así!
Quiero vengarme
de él y de tí!

LUISA. Aunque él me ama
con frenesí,
yo te lo cedo.

LUCIA. Lo juras?

LUISA. Sí.
Yo renuncio á ese soldado.

LUCIA. Ya otra vez me has engañado.

LUISA. Cumplir juro tu deseo.

LUCIA. Eres turco y no te creo.

LUISA. Te doy formal palabra,
te juro por mi honor;
huir ya de ese hombre
y no aceptar su amor.

LUCIA. Si huir ya de mi novio
no juras, por tu honor,
verás á dónde llega
mi rabia y mi furor.

HABLADO.

Ea, vuélveme mis trastos
y la del humo.

LUISA. Sé franca.
Tú deseas que me marche
del campamento?

LUCIA. Sí.

LUISA. Basta!
Me puedes proporcionar
un salvoconducto, para
salir de aquí?

LUCIA. Te lo ofrezco.
Tengo alguna confianza

con el coronel... pero ántes
es precisa circunstancia
que renuncies á Lambert.

LUISA. Renuncio.

LUCIA. Bajo palabra
de honor?

LUISA. Palabra de honor.

LUCIA. Pues voy por el pase.

LUISA. Anda!

LUCIA. Ántes de un cuarto de hora
lo tendrás aquí sin falta.

ESCENA V.

LUISA.

Dios te escuche y haga el cielo
que se cumplan tus palabras.
En cuanto reciba el pase
me pongo en marcha, y mañana
paso el Rhin, y me reuno
á mi hermano.

ESCENA VI

LUISA, LAMBERT.

LAMB. Te buscaba.

LUISA. Qué es eso? Estás agitado?

LAMB. Traigo una noticia mala.

LUISA. Para mí?

LAMB. Y para algun otro.

LUISA. Qué noticia es esa? habla!

LAMB. Quieren que del regimiento
inmediatamente salgas.

LUISA. (Ah! respiro!)

LAMB. Sí, Isabel.
Dicen que tú eres la causa
de los muchos desafios
que aquí han ocurrido y tratan
de darte un pase, ordenándote
que hoy mismo emprendas tu marcha.

LUISA. Conque al fin podré partir?
LAMB. Al fin! luego eso te agrada?
Cómo ha de ser! yo creia
que nunca se abandonaba
sin pesar á los amigos!
Oye bien, alma del alma!
Es posible que tu rostro
en que el cielo se retrata
y en donde el pudor ostenta
sus tintas más delicadas,
sea un mentido antifaz
de una mujer sin entrañas?
LUISA. Sin entrañas? pues yo creo
que las tengo todas. Vaya!
podria vivir si no?
LAMB. Por Dios! no tomes á chanza
el afan y la ternura
de un corazon que te ama.
LUISA. (Pobrecillo!)
LAMB. Isabel, oye.
Hoy mi vida es la esperanza
de mirarme en tus pupilas;
de extasiarme en tus gracias:
hoy mi alma es una sombra
á la que tu alma arrastra
para dibujar en ella
la ventura ó la desgracia.
Segun te ries ó lloras
tengo yo risas ó lágrimas.
Yo no me sé defender
del iman de tus miradas.
LUISA. Pensais que seré tan tonta
que crea vuestras palabras?
LAMB. Mira, Isabel, si algun dia
de un hombre necesitaras
dispuesto á sacrificarte
cuanto tenga y cuanto valga,
piensa en el pobre soldado
de cuyo lado te apartas;
llámale y dará por tí
su sangre, su vida!...
LUISA. Oh! gracias

ESCENA VII.

DICHOS, VALENTIN, luego CATAPLASMA.

VAL. Ciudadano Lambert!
LAMB. Hola!
qué hay?
VAL. Tengo que hablaros.
LAMB. Habla.
VAL. Pero en secreto.
LAMB. Bien, hombre.
VAL. Disimula, ciudadana. (Á Luisa.)
Señor marqués, he observado
que el aire de esta mañana
es muy frio.
LAMB. Bien, y qué?
VAL. Toda la noche pasada
habeis estado tosiendo.
Quereis tomar una taza
de cocimiento de tila?
LAMB. Valentin!...
VAL. Ó flor de malva?
LAMB. Déjame en paz! y era eso
para lo que me llamabas?
VAL. Señor, que un pasmo se coge
en ménos que un gallo canta!
LAMB. Vete con dos mil demonios
y bébete quince tazas!
VAL. Bien! yo me las beberé
si el señor marqués lo manda;
y hasta sudaré por él.
LAMB. Pues, ea, vete á la cama.
(Durante los últimos versos, sale Cataplasma, y va á ofrecer una flor á Luisa. Lambert se vuelve al decir ella:)
LUISA. Qué es esto?
CATAP. Una siempre viva
símbolo de... de...
LUISA. Mil gracias!
LAMB. Recibe las mias. (Le pega un puntapié.)
CATAP. Ay!

LAMB. Con qué derecho regalas
flores á Isabel?
LUISA. Lambert!
CATAP. Por ser fino con las damas,
este bribon desalmado
me picó la retaguardia.
(Rumor dentro.)
LUISA. Qué ruido es ese?
LAMB. Sin duda
nuestros compañeros de armas,
que vendrán á despedirse
si han sabido que te marchas.

ESCENA VII.

DICHOS, CATAPLASMA, HORACIO, SOLDADOS.

UNOS. Aquí está.
OTROS. Viva Isabel!
LAMB. Por qué armais esa algazara?
CATAP. Porque nuestro regimiento
tiene facultades amplias
para elegir cantinera
sin faltar á la ordenanza.
UNOS. Bravo!
OTROS. Soberbio!
TODOS. Bien dicho!
HORACIO. Firmes! Tiene la palabra
un orador y no puedo
consentir que mientras habla
se le interrumpa. Prosigue,
ciudadano Cataplasma.
CATAP. El capitan quiere echar
á Isabel, y reemplazarla
con otra chica.
TODOS. Y nosotros...
HORACIO. Firmes! Ciudadano, acaba.
CATAP. Nosotros no consentimos
que Isabel de aquí se vaya.
LUISA. (Dios mio!)
CATAP. Y si hay para eso
que armar la gorda, se arma.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL CAPITAN.

CAP. Qué bulla y qué insurreccion
son estas? De qué se trata?
CATAP. Ciudadano capitan,
todo el regimiento en masa,
y yo el primero de todos,
te pedimos una gracia.
CAP. Cuál es?
CATAP. Que Isabel se quede
de cantinera.
CAP. Esa plaza
le corresponde á Lucía,
que ántes la desempeñaba.
LUISA. El capitan dice bien.
HORACIO. Lucía es la propietaria
de la cantina y...
CATAP. Pues bien,
aquí no nos da la gana
de que nos sirva Lucía.
Sus licores son de mala
calidad, son anti-higiénicos,
anti-estomacales!
TODOS. Cáspita!
CATAP. Y en fin, son anti-económicos,
que es la peor circunstancia.
Yo hice el análisis químico
de eso á que Lucía daba
el mal nombre de aguardiente,
tal vez por autonomasia.
El primer experimento
me dió cuatro partes de agua
y una de aguardiente!
TODOS. Bien!
CATAP. El segundo me dió exactas
siete partes de agua...
TODOS. Sopla!
CATAP. Y una de aguardiente!
TODOS. Cáscaras!

CATAP. El tercer experimento...
ese ya no me dió nada!
TODOS. Horror!
CAP. En razones sólidas
apoyais vuestra demanda.
CATAP. No son sólidas, son líquidas.
CAP. Es cierto; y siento en el alma
el que un motivo gravísimo,
que por prudencia ocultaba,
me prohiba complaceros.
Hoy me ha sido reclamada
Isabel, como aristócrata
y enemiga de la patria.
(Movimiento de asombro de todos los soldados.)
LUISA. Ah!
CAP. El Comité de París
dispone que sin tardanza
sea conducida allá
á que se le forme causa.
LAMB. Eso es una iniquidad!
CAP. No me toca á mí juzgarla.
Yo descargo mi conciencia
cumpliendo lo que me mandan.
Isabel, vente conmigo.
LAMB. Capitan, una palabra.
Todo nuestro regimiento
á esa jóven afianza.
(Movimiento en todos.)
¿Basta para que se quede
entre nosotros?
CAP. No basta.
Sabeis sus antecedentes?
Una sola circunstancia
podría desvanecer
la acusacion que la daña.
LAMB. Cuál?
CAP. El que fuese esposa
de un defensor de la patria.
LAMB. Pero cómo?
HORACIO. Muy sencillo,
una boda á son de caja;
como aquí se casan todos

segun la moderna práctica.

LUISA. Eso es la mano ó la vida!

LAMB. No temas, eso no es nada.

CAP. Decide, pues. (Pausa.)

LUISA. Qué remedio!
Que se reuna la banda.
Sólo por no abandonar
en víspera de batalla,
mi veinte y cuatro de línea,
me someto á ser casada.

CAP. Ea, pues, que se reunan
tus pretendientes en ala,
y elige el que más te guste.
(Todos tratan de ponerse delante.)

LUISA. No os molesteis, camaradas,
de elegir... tomo á Lambert,
porque está más cerca.

LAMB. Gracias!

CATAP. (Me he lucido!)

CAP. Á tí te encargo
la ceremonia. Empezadla. (Váse.)
(Los soldados y reclutas forman á los costados, la banda de tambores de frente. Dos soldados arrastran una pieza de cañon, la colocan en el centro del cuadro y sobre ella se sube Horacio. Lambert queda dentro del cuadro á la derecha y Luisa á la izquierda.)

HORACIO. Horacio, tambor mayor
nombrado al efecto, para
que puedan estos dos jóvenes
vivir como la ley manda,
va á proceder á casarlos
en la forma acostumbrada.
Atencion! principia el acto;
despues se extenderá el acta.
(Redoble prolongado.)

MUSICA.

CORO. Batallon!
atencion!

que ya principia la funcion.

HORACIO. Diga todo el que hablar quiera
hoy que aquí toman estado
esta hermosa cantinera
y este intrépido soldado,
si hay algun impedimento,
si á otro alguno de ellos dió
palabra de casamiento.
Hablad!

CORO. No.

HORACIO. Dicen que no.

CORO. Todos unánimes
dicen que no.
Son ambos cónyuges
gente de pro.

HORACIO. Diga el novio si consiente
en tomarla por mujer,
diga ella expresamente
si su esposa quiere ser.
De su fe y amor en muestra
al decir que sí, ante mí,
deben darse ambos la diestra.
La dais?

LAMB. }
LUCIA. } Sí.

HORACIO. Dicen que sí.

(Poniendo el baston encima de las manos de Lambert y Luisa.)

CORO. Toda esta fórmula
sobra ya aquí,
cuando los cónyuges
dicen que sí.

HORACIO. De un marido es el deber
para acreditar su amor
no engañar á su mujer,
si no encuentra otra mejor.

CORO. Viva el amor!

HORACIO. Golpe de tambor.

(La banda lo hace.)

CORO. Golpe de tambor!

HORACIO. Una esposa debe dar
á su esposo el corazon,

y sufrir sin murmurar
que le rompa el esternon!

CORO. Viva el amor!

HORACIO. Golpe de tambor! (Redoble.)

CORO. Golpe de tambor!

HORACIO. No tengais ningun desliz,
y despues de vuestra union,
si ninguno sois feliz,
no es por falta de sermon.

CORO. Viva el amor!

HORACIO. Golpe de tambor. (Redoble.) Esperad!
(Redoble prolongado.)
Sin este último requisito,
no podriais ser dichosos.

CORO. (Felicitando á los novios.)
Vivireis como dos tórtolos
en el más completo Eden.
Recibid al ir al tálamo
nuestro dulce parabien. (Vánse.)

ESCENA IX.

LUISA, LAMBERT.

HABLADO.

LAMB. Sólo quedamos los dos,
mas descansa en mi hidalguía;
si un redoble te hizo mia,
no lo eres ante Dios.
Me has dado un sí, mas ya sé
que fué farsa y nada más;
si tú el alma no me das,
no hay nada que me la dé.
Seguiré guardando aquí
todo el dolor de mi herida,
y si hay flores en mi vida,
todas serán para tí.

LUISA. Con el alma os agradezco
vuestro noble proceder,
pero ese culto, Lambert,

que me dais, no le merezco.
Hay en mi vida un secreto
que hoy me llena de dolor,
por eso no os pido amor,
no os pido más que respeto.

LAMB. Eres libre?

LUISA. Libre soy.

LAMB. Siendo dueña de tu fe,
deja, Isabel, que te dé
todo el culto que te doy.
ya ves, no te pido nada
más que el honor de ampararte;
no puedo dejar de amarte,
tengo el alma enamorada;
y esclava de tus antojos
te ama con tal desvarío,
que hallaria el cielo frio
sin el calor de tus ojos.
Si otro siente amor por tí
y le llegas á querer,
no se lo des á entender
nunca delante de mí;
porque sé que en la ceguera
con que adoro tu semblante,
harias de mí un amante
con los instintos de fiera.
Ya ves que á todo me allano
y á respetarte me obligo,
mas que ni amante ni amigo
lleguen siquiera á tu mano.
Yo de tu pecho glacial
he de ahuyentar la calma
aunque tuvieses el alma
forrada de pedernal.

LUISA. No puedo deciros más
que una palabra, Lambert,
tengo el alma de mujer...
como todas las demas.

LAMB. Por eso con más porfía
doblar mi culto me importa,
que á la larga ó á la corta
el amor te ha de hacer mia.

LUISA. Al hablar de esa manera,
decid, quién sois?
LAMB. Un soldado.
Quién eres tú, dueño amado?
LUISA. Yo soy... una vivandera.
LAMB. Pues en fe de que prometo
seguir del honor la senda,
toma esta cruz como prenda
(Sacando una cruz del pecho.)
de cariño y de respeto;
y el dia que entre los dos
se establezca simpatía
y me quieras, ese dia
vuélveme la cruz. Adios! (Vése.)
LUISA. Vive Dios, que el tal soldado
tiene más alma que un rey.
Mi fortuna es que está ciego,
y un ciego no lee bien
en los misteriosos pliegues
del alma de la mujer;
y yo siento que la mia
es muy débil junto á él.
En fin, guardaré su cruz,
prenda de cariño fiel,
y á mi vez juro sobre ella
que nunca le olvidaré! (Besándola.)
Si ese hombre fuese... Dios mio!
Pero si no puede ser!
Á qué nutrir esperanzas
que he de ahuyentar despues.
Y ahora que en apariencia
casada estoy con Lambert,
lo cual me sirve de amparo
contra esa turba soez,
mi fuga será más fácil.
Mañana... hoy mismo tal vez. (Voces dentro.)
Pero qué voces son esas?
Traen un prisionero! Ah! es él!
Cárlos, mi hermano!

ESCENA XI.

LUISA, CÁRLOS, CAPITAN, SOLDADOS.

CARLOS. Mis títulos
y mi nombre ya sabeis.
Soy oficial del ejército
del príncipe de Condé,
y sólo rindo homenaje
á mi legítimo rey.
Podeis encerradme ahora
en el sitio que gusteis.
CAP. Te equivocas, ciudadano.
Los valientes que aquí ves
no son viles cancerbaros.
Deja ese ingrato papel
á los ardientes secuaces
del amigo Robespierre.
Nuestra tropa es gente honrada,
y la prueba de ello es,
que si ofreces no escaparte,
estarás, bajo la fe
de tu palabra, se entiende,
teniendo nuestro cuartel
ó campamento por cárcel,
mientras manda el comité
de París, lo que contigo
quiera que se haya de hacer.
CARLOS. Pues franqueza por franqueza.
Te doy mi palabra fiel
de que si puedo escaparme...
CAP. No lo harás?
CARLOS. Me escaparé!
CAP. Entónces... ya es otra cosa.
Encerradle allí, y poned
junto al muro centinelas,
si intenta huir, fuego en él! (Váse.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos el CAPITAN.

CARLOS. Bravo! (pero qué estoy viendo!
aquí mi hermana tambien
y en traje de cantinera!...
ah! ya caigo!)
SOLD. Vamos pues?
CARLOS. Un momento, ciudadano.
El encargo que teneis
es sólo el de hacerme fuego
si intento escapar?...
SOLD. Pardiez!
Esa es la órden.
CARLOS. Mas no
que yo me muera de sed.
SOLD. Ciertamente!
CARLOS. Pues di entónces
á esa cantinera...
SOLD. Qué?
CARLOS. Que me dé con que apagarla.
SOLD. No hay inconveniente. Ven
hermosa Isabel, y sírvele
lo que te pida.
CARLOS. (Isabel!)
Rom! (ya entiendo, de este modo
intenta escaparse.)
LUISA. Ten.
Si no te acercas, la copa
creo que se va á verter.
CARLOS. Con mucho gusto, (qué es esto?)
LUISA. (Luego te lo explicaré.)
CARLOS. Bueno es el rom!
LUISA. Ya lo creo!
CARLOS. (Puedes salvarme?)
LUISA. (Tal vez!
al ménos he de intentarlo.
Prepárate á todo.)
CARLOS. (Bien.)
Pues señor, me dió la vida

ese traguillo. Conque...
cuando gusteis al encierro.
SOLD. Entra ahí.
CARLOS. Hasta más ver! (Vánse.)

ESCENA XIII.

LUISA, luego LUCIA.

LUISA. Cómo le podré salvar?
LUCIA. Gracias que al fin te encontré.
Engañadora sirena,
serpiente de cascabel!
Es este el pago que das
al cariñoso interés
conque te he buscado el pase?
LUISA. Traias ese papel?
LUCIA. Para dos personas.
LUISA. Dámelo!
LUCIA. Quita!
LUISA. Si supieras...
LUCIA. Sé
que faltando á tu palabra
te has casado con Lambert,
y vengo á desafiarte.
LUISA. Pero si...
LUCIA. Y te mataré!
Aquí vienen los padrinos.
Prepárate á morir.
LUISA. Bien!

ESCENA XIV.

DICHOS, HORACIO, CATAPLASMA, SOLDADOS.

HORACIO. Aquí venimos
mi compañero y yo á ser
testigos de vuestro duelo.
Vosotros, permaneced
de espectadores. Hé aquí
mis armas. (Sables y pistolas.)
CATAP. Hé aquí tambien

las mias! (Dos frasquitos.)

HORACIO. Dos frascos?

CATAP. Sí.
Soliman y agua.

HORACIO. Y á qué?...

CATAP. Quien escoja el soliman
revienta en seguida; y quien
escoja el agua, se queda
mucho más fresca despues.

LUCIA. Eso es absurdo.

LUISA. (Cogiendo un sable.) Probemos.

LUCIA. Conque eres maestra? En guardia!

LUISA. Yo!...

LUCIA. En guardia, voto á Luzbel!

MUSICA.

CORO. Ya que es valiente
vamos á ver
como se bate
una mujer. (Empiezan.)
La guardia es excelente...
Buen quite! Gran parada!
Magnífica estocada
al pecho le asestó.

HORACIO. Ya me tocó.

CORO. Ya le tocó.
Diestra é intrépida
es Isabel.
Como un San Lázaro
le va á poner.

LUISA. Vuelta al asalto!

HORACIO. Vuelta otra vez!

CORO. Bella apostura!
Bravo cupé!
Buen ojo, y buena mano!
La chica esta promete.
Quitándole el florete
de nuevo le tocó.

HORACIO. Me desarmó!

CORO. Le desarmó.

CORO. HORACIO. Si esto prosigue
mi / su pobre piel
como una criba
me le va á poner.

LUISA. Dadme ahora una pistola
y vereis si tengo yo
mas exacta puntería
que el mas diestro cazador.

CATAP. Mira bien si está cargada,
no suceda ¡voto á brios!
lo que á cierto amigo mio.

CORO. Dinos lo que sucedió.

CATAP. Pues iba á un desafio
el tal amigo mio;
y luego que el contrario disparó,
de noble y no cobarde
queriendo hacer alarde,
al aire su pistola dirigió.

CORO. Y bien, que sucedió.

CATAP. Que el fiero contrincante
que estaba allí delante
ni herido ni difunto se quedó!
pero perdiendo el tino,
mi amigo á su padrino
la bala en una oreja le sopló.

TODOS. Que atrocidad! qué atrocidad!

LUISA. Esperad!
Nadie se mueva!
á la pipa!
Ved una prueba
de habilidad!

CORO. Con esa prueba
de habilidad
quien se le atreva
fresco estará.

HABLADO.

HORACIO. Visto y atendido á que ambas

no sois en fuerzas iguales,
no podemos en conciencia
autorizar vuestro lance.

LUCIA. Yo me bato á puñaladas
ahora mismo, voto al draque!

LUISA. Si quieres oirme á solas
yo me obligo á desarmarte.

LUCIA. Y qué me podrás decir?

LUISA. Muchas cosas que no sabes.
Me permitís que hable á solas
con ella breves instantes?

HORACIO. Pero...

LUISA. Podeis ir tranquilos,
que no correrá la sangre.

ESCENA XV.

LUISA, LUCIA.

LUISA. El tiempo urge, y es fuerza
aprovechar los instantes.
Amas á Lambert, Lucía?

LUCIA. Que te importa que le ame
si ya no puede ser mio?

LUISA. Tal vez sí.

LUCIA. Quieres burlarte?
Despues que os habeis casado...

LUISA. Y qué importa, si ese enlace
es nulo?

LUCIA. Por qué razon?

LAISA. Porque hay distancia muy grande
de Lambert á mí; porque...
porque yo no puedo amarle.

LUCIA. Que no puedes? pues quién eres
para usar ese lenguaje?

LUISA. Óyeme! Delatarias
á quien de tí se fiase?

LUCIA. Eso, jamás! Y me ofende
una duda semejante.

LUISA. Pues bien; escucha, Lucía;
aun cuando llevo este traje,
yo no soy lo que parezco.

LUCIA. Cómo?
LUISA. No quiero engañarte.
Soy una noble, proscripta,
sola, fugitiva, errante!
LUCIA. Tú una nob... vos una noble?
LUISA. Sí, Lucía. Y pues ya sabes
mi secreto, de tí pende
que me pierda ó que me salve!
LUCIA. Y qué medio hay de salvaros,
señorita?
LUISA. Uno muy fácil.
Haz que yo del campamento
hoy mismo pueda escaparme.
LUCIA. Sola?
LUISA. Con otra persona.
LUCIA. Con otra persona? Diantre!
Es con Lambert?
LUISA. No, Lucía;
el que debe acompañarme
es el prisionero, al cual
sirve esa torre de cárcel.
LUCIA. Le amais?
LUISA. Si le amo? Por él
daria toda mi sangre!
LUCIA. Me lo jurais?
LUISA. Te lo juro!
LUCIA. Y si os sirvo en vuestros planes,
no pensareis ya en Lambert,
ni reclamareis más tarde
vuestros derechos?
LUISA. Jamás!
LUCIA. De veras?
LUISA. En mi semblante
conocerás si te engaño.
LUCIA. Pues estoy de vuestra parte.
Venga esa mano!
LUISA. Y mis brazos!
LUCIA. En mi poder tengo el pase
que me ha dado el coronel.
LUISA. Gracias, Lucía!
LUCIA. Tomadle!
Ah! decid; no será esto

hacer una traicion grave
á la República?

LUISA. No!

LUCIA. Y si lo es que se aguante!
La República tambien
pertenece al sexo frágil,
y entre mujeres es cosa
muy natural engañarse.
Tomad: estais ya contenta?

LUISA. Oh! gracias! Eres un ángel.
Ahora falta solamente
que yo al prisionero hable,
y entre las dos combinemos
la manera de salvarle.

LUCIA. Dificilillo será
que el prisionero se escape.
El maldito centinela
no deja el puesto un instante!
como que le va el pellejo
si el preso llega á fugarse!

LUISA. Gente viene!

LUCIA. Una patrulla!

LUISA. Creo que están relevándose
los centinelas.

LUCIA. Veamos
quién ponen hácia esa parte.

LUISA. Silencio y serenidad!

LUCIA. Ya vienen!

LUISA. La astucia válgame!

ESCENA XVI.

DICHAS, CAPITAN, SOLDADOS.

MÚSICA.

CAP. Alto y frente á la derecha!

CABO. Tercien! arm! Presenten! arm!

CAP. Oiga el cabo la consigna
que el saliénte al otro da.

LUCIA. }
LUISA. } Es Lambert el centinela!

Qué feliz casualidad!
Este azar inesperado
favorece nuestro plan!

CAP. Ya está dada la consigna;
á otro punto á relevar.

SOLDS. Arma al brazo y redoblado.
Ran, plan, plan, taram, plan, plan. (Váse.)

LUCIA. Un proyecto concebido
que conviene meditar.
Vamos, pues, á la cantina.
(Sube á la cantina.)

LUISA. Decis bien, vamos allá.

ESCENA XVII.

LAMBERT, luego LUCIA y LUISA, en la cantina, CÁRLOS, en la torre.

LAMB. Más que de un prisionero,
quisiera ser
centinela del cuarto
de mi mujer.
Santo amor de la patria,
dame valor,
para olvidar ahora
mi dulce amor!

CARLOS. (Dentro.) No importa que entre hierros
cautivo esté,
quien por su patria lucha
con santa fe!
Al pronunciar su nombre
crece el valor,
de quien por ella siente
constante amor.

LAMB. Canta, infeliz cautivo;
y el cielo dé
á tu amor consuelo,
y al alma fe.
Al recordar la patria
crece el valor,
de quien por ella siente
constante amor.

LUCIA. Nueva sirena
(En lo alto de la escalera.)
fingiendo amor,
vendrá al reclamo
de vuestra voz.
Y si él acude
y os marchais vos,
de entretenerle
me encargo yo!

LUISA. Á mis amantes brazos
(Colocándose en la barandilla.)
vuela, mi bien!
no te detenga el hielo
de mi desden.
Aunque la llama oculto
de mi pasion,
sólo por tí suspira
mi corazon!

LAMB. Ah! si al amante esposo
te rindes ya
y un premio á tu cariño
tu amor le da,
una palabra sola
di por favor;
y correré á tus brazos
ébrio de amor.

LUISA. Callad, Lambert,
callad por Dios!

LAMB. Esa palabra,
por compasion!

LUISA. Tened al ménos
piedad de mí!

LAMB. Esa palabra!

LUISA. Pues bien, venid!

(Luisa entra en la cantina por la puerta de abajo, que cierra en seguida. Lambert deja el fusil y corre adonde estaba Luisa, que aparece por la puerta superior, baja por la escalera, atraviesa la escena, abre la puerta de la torre, llama á Cárlos y huye con él; todo segun indica el diálogo.)

LAMB. Corro á tus brazos;
ya soy feliz.

Todo lo olvido,
mi bien, por tí.

LUISA. (Parto y le engaño
de un modo vil!) (Atravesando la escena.)

LAMB. Ábreme!

LUISA. Cárlos!... (Huyendo los dos.)

LUCIA. Voló!

LAMB. Vencí! (Entrando.)

ESCENA XVII.

CAPITAN, SOLDADOS, luego HORACIO, más SOLDADOS, LAMBERT y LUCÍA.

CORO. Examinemos
CAP. si en su lugar,
los centinelas
alerta están.

CAP. Nadie el quién vive
nos sale á dar?
Lambert! qué es esto?

TODOS. No está aquí! (Tiro dentro.)
Ah!

CAP. Á todo escape
HORACIO. sobre un corcel,
va el prisionero
con Isabel.

LAMB. Ah! me engañaba!

HORACIO. Al fin, mujer!

CAP. Lambert!... prendedle!

LUCIA. Pobre Lambert!

LAMB. Vivir sin ella
no quiero ya.
La muerte ansío!

TODOS. Perdido está!

(Dos soldados se llevan á Lembert: Lucía los sigue. El Capitan queda en una postura imperativa: el coro aterrado. Cuadro final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala grande en el castillo de Overnay. Puertas laterales. Verja en el foro que figura ser jardin. Muebles de lujo, correspondientes á la época del imperio.

ESCENA PRIMERA.

VALENTIN, CORO DE CRIADOS.

MUSICA.

CORO. Lo que valemos,
lo que podamos,
todo lo haremos
por nuestros amos:
que aquí los huéspedes
siempre lo son.

VAL. Por los extremos
que presenciamos,
gracias daremos
á nuestros amos
con la más íntima
satisfaccion.

CORO. Siendo más dulces que un caramelo
y con los ojos buscando el suelo
hasta inclinarnos
así, así,
ni por sus quiebros, ni por sus cortes,

ni por la gracia de sus resortes
ha de igualarnos
un maniquí.
Que vengan pronto sus señorías
y les daremos los buenos dias,
alarde haciendo de urbanidad,
y saludándoles
con humildad.

VAL. Basta, señores, de cortesías,
basta de fórmulas
por caridad!

CORO. Si por su clase son eminencias
y hay que tratarles como á excelencias,
llevar podremos con propiedad
al mayor límite
nuestra humildad.

VAL. Basta, señores, de reverencias!
basta de fórmulas
por caridad!

CORO. Siendo más dulces que un caramelo, etc.

HABLADO.

VAL. Basta ya de cumplimientos!
Haré al coronel saber
que cumplis vuestro deber
siendo corteses y atentos.
Dos cuartos he visto aquí
cuyo usufructo reclamo;
el primero para mi amo,
y el segundo para mí.
Lo demas es muy sencillo;
porque la plana mayor
ocupará el interior
que da al patio del castillo.
Y respecto á los soldados,
que esten mal ó que esten bien,
basta y sobra con que esten
en cualquier parte alojados.
Mas me causa admiracion

y hallo un tanto inconveniente
el que se encuentre hoy ausente
el dueño de esta mansion.
Este es un desaire serio
que no me puedo explicar,
cuando le vienen á honrar
los valientes del imperio.

CRIADO. Los amos están, señor,
á media legua de aquí.
Vendrán pronto.

VAL. Siendo así...

CRIADO. Sin duda.

VAL. Tanto mejor.
Porque como el coronel
debe llegar al momento,
me parece más atento
que al pisar este dintel,
esten aquí los señores
para recibirle, en vez
de una cuadrilla soez
de estúpidos servidores.

CRIADO. Podiais hablar mejor,
vos tambien sois un criado.

VAL. Se equivoca el deslenguado!
yo soy... lacayo de honor.
Idos! me voy á alterar,
y no lo vale la cosa!
(Vase el coro murmurando.)

ESCENA II.

VALENTIN.

Qué cosa tan deliciosa
es tener á quien mandar!
al fin estoy en mi centro;
desde que me he despojado
del vil traje de soldado,
más digno de mí me encuentro.
Más realza mi papel
y me da elevada idea,
vestir de honrosa librea

de la familia de Estrel.
Aún me queda el sentimiento
de dar al señor marqués
un título, que no es
digno de su nacimiento.
Coronel! y sobre todo
Lambert! Vaya un apellido!
No sé cómo ha consentido
en llamarse de ese modo.
Pero él, pagando tributos
á ideas falsas y huecas,
se llamó Lambert á secas:
otros se llamaron Brutos. (Banda dentro.)

ESCENA III.

VALENTIN, HORACIO, LUCÍA.

LUCIA. Se puede entrar?
VAL. Adelante.
Es el equipaje?
LUCIA. Sí.
VAL. Podeis colocarlo allí!
(Señalando el gabinete de la izquierda.)
LUCIA. Pasa.
HORACIO. No fuera galante.
Pues siempre el puesto de honor
la hermosura se merece.
VAL. (Cada dia me parece
más cargante este tambor.)
HORACIO. Ya queda todo arreglado,
ciudadano Valentin.
VAL. Cuándo entendereis, por fin,
que ese estúpido dictado
me repugna y me encocora?
Yo ciudadano no soy,
sobre todo, si no estoy
en la ciudad, como ahora.
HORACIO. No seas fátuo y simplon!
Tratémonos con llaneza.
VAL. Pues tampoco esa franqueza
merece mi aprobacion.

Señor tambor, considero
que es del más pésimo gusto
el tutearse, y no es justo...

HORACIO. Siempre has de ser majadero.

VAL. Me indignan esos modales.
Cómo haré comprender?...
Todos no podemos ser
más que ante la ley, iguales.

HORACIO. Hola!

VAL. Y no tomeis á mofa
la diferencia sin cuento,
de un tambor de regimiento
á un lacayo de alta cofa.
He dicho! (vase.)

ESCENA IV.

HORACIO, luego LUCÍA.

HORACIO. Á ese fantasmon
por nécio y por descarado
el dia ménos pensado
le rompo yo el esternon.

LUCIA. La habitacion es hermosa.
Ya está todo listo.

HORACIO. Eres,
entre todas las mujeres,
la mujer más hacendosa.

LUCIA. Tiene vistas al jardin
del castillo, que es muy bello.

HORACIO. Pues apostaria el cuello
á que en su ameno confin,
no hay rosa más deliciosa
que tú.

LUCIA. Te quieres callar?

HORACIO. Ay! por qué me han de pinchar
las espinas de esa rosa!

LUCIA. Sabes si va á venir pronto
el coronel?

HORACIO. No lo sé;
ni él mismo acaso; por qué
si un hombre se vuelve tonto

por una mujer, y está
consumido de despecho,
se olvida de lo que ha hecho
y no sabe lo que hará?

LUCIA. Es cierto; y me causa pena
el ver su melancolía.

HORACIO. Pero, señor, quién diria
que pareciendo tan buena...
El ejemplo de Isabel
me prueba, sin duda alguna,
que toda mujer, es una
serpiente de cascabel.

LUCIA. Hay excepciones.

HORACIO. La ingrata
huyó; y perdida su huella,
el pobre siente por ella
una pasion que le mata.

LUCIA. No se comprende.

HORACIO. Sí á fe.
La mujer es, no te asombre,
la calamidad del hombre.

LUCIA. Por qué las amas?

HORACIO. No sé.

LUCIA. Pues si te horripila y pasma
el casarte, te sentencio
al celibato.

HORACIO. Silencio!
Aquí viene Cataplasma.

ESCENA V.

DICHOS, CATAPLASMA.

MUSICA.

CATAP. Venga una silla!
no puedo más!
aquí me siento
á descansar.
(Sentándose en el sillon.)

LUCIA. y HOR. Qué ocurre, qué pasa,
que vienes así,
turbado y molido,
inquieto y febril?
CATAP. Le vengo buscando
de aquí para allí,
y nada descubro
ni logro por fin.
LUCIA. }
HORACIO. } Qué ocurre, dí?
CATAP. Es un suceso extraordinario
que por lo raro no tiene igual.
LUCIA. }
HORACIO. } Que nos expliques es necesario
ese suceso fenomenal.
CATAP. He visto una cosa,
hallé una mujer
que alguno con ansia
aspira hoy á ver.
Es ella una moza
de mucho valer,
mas él tiene en cambio
fortuna y poder.
Le busco, le sigo
con gran interés;
le encuentro, le alcanzo,
le pierdo despues;
al fin, de cansancio
se doblan mis piés,
y en vano seria
deciros quién es.
OR. y LUCIA. Ha visto una cosa;
halló una mujer
que alguno con ansia
aspire hoy á ver.
Nos dice que es moza
de mucho valer,
y que él tiene en cambio
fortuna y poder.
Le sigue, le busca
con gran interés;
le encuentra, le alcanza,
le pierde despues,

al fin, de cansancio
se doblan sus piés,
y el otro entre tanto,
no dice quién es.

HABLADO.

LUCIA. Con que explícanos, si quieres,
ese lance extraordinario.
CATAP. Á media legua de aquí
estaba yo descuidado,
cuando de pronto... caramba!
qué iba yo á hacer? ahora caigo
en que soy un parlanchin,
y en que no debo contaros
á vosotros lo que he visto,
sino á otro.
LUCIA. Por gaznápiro,
toma! (Una bofetada.)
CATAP. Ay!
HORACIO. Por animal,
toma! (Un puntapié.)
CATAP. Voto á dos mil diablos!
Estaos quedos.
HORACIO. Mas la culpa
la tiene quien te hacē caso.
CATAP. Si esto no debo decirlo
á vosotros!...
LUCIA. Mentecato!
CATAP. Sino al coronel! Á él solo.
HORACIO. Pues ahí viene.
CATAP. Retiraos.

ESCENA VI.

DICHOS, LAMBERT, que se para en el fondo como si hablara con alguno.

LAMB. Horacio!
HORACIO. Mi coronel!
LAMB. Haced cumplid sin retardo

la órden del emperador. (Se sienta pensativo.)
LUCIA. Siempre tan serio! Pensando
en Isabel.
HORACIO. Como yo
pienso en tí.
LUCIA. Vaya, me marcho,
porque me está dando pena... (Váse)
CATAP. Vete tú tambien.
HORACIO. Te aguardo
en la cantina.
CATAP. Corriente.
HORACIO. Te toca pagar.
CATAP. Canastos!
Si ayer pagué sin tocarme!
HORACIO. Por eso hoy eres el amo. (Váse.)

ESCENA VII.

LAMBERT, CATAPLASMA.

CATAP. Mi coronel!... (No contesta.
Veremos si á este otro lado...)
Mi coronel! (Pues tampoco!
Caramba! Parece un santo
de piedra!) Mi coronel!
LAMB. Quién es?
CATAP. (Ya ha resucitado.)
LAMB. Ah! Eres tú? Qué es lo que quieres?
CATAP. Mi coronel, vengo á daros
una gran noticia.
LAMB. Dí!
Ya te oigo! Baja esa mano.
CATAP. Gracias! Pues como sabeis,
yo soy muy aficionado
á la botánica, ciencia
predilecta de los sabios.
Las plantas son mis amigas,
y los simples mis hermanos.
No lo puedo remediar;
en viendo el verde, me exalto.
LAMB. Lo creo!
CATAP. Pues bien, señor;

yo sé, porque lo he observado,
que en este mundo no hay cosa
sin un móvil fijo y claro.
Al olmo busca la vid,
busca la yedra el peñasco;
las plantas *cucurbitáceas*
buscan los *cucurbitáceos*;
busca el girasol al sol,
busca la *ninfea* el remanso,
la verde grama el *citiso*,
citisum, segun los clásicos;
y vos, como tantos séres
orgánicos é inorgánicos,
teneis una meta fija;
girais á la luz de un astro;
buscais con ansia una cosa
y estais deseando algo.

LAMB. Sí; deseo que te vayas,
Cataplasma. No me hallo
de humor de oir tonterías.

CATAP. Conque tonterías? Vamos,
oidme un instante, y creo
que os convencereis...

LAMB. Al grano.

CATAP. Hallábame, pues, á media
legua de aquí, herborizando
y cogiendo flores para
la hija del boticario
del pueblo, cuando llegué
cerca de un jardin muy vasto.
De repente sentí ruido
de palabras y de pasos;
me incorporo, miro, y...
Oh asombro! Oh prodigio! Oh pasmo!
Á quién direis que encontré?

LAMB. Cataplasma!

CATAP. Vaya... cuando
sepais á quien ví, de fijo
me vais á dar un abrazo.
Era ella!

LAMB. Y quién es ella?

CATAP. Quién ha de ser? El encanto

y el dolor de vuestra vida.
Isabel!

LAMB. Dios soberano!
Qué dices! Y tú la has visto?

CATAP. Á ménos de quince pasos.
Por más señas, que Isabel
iba agarrada del brazo
de un jóven, á quien decia,
qué jardin tan bello, Cárlos!
Y á que no adivinais quién
era Cárlos? El bizarro
mozo aquel que se largó
con ella de nuestro campo.

LAMB. Ira de Dios!

CATAP. Es preciso
apretar un poco el paso,
que en Anvernay nos esperan,
dijo ella.

LAMB. Sí?

CATAP. Y bien claro.

LAMB. El nombre de este castillo!

CATAP. Por eso me he apresurado
á daros tan fausta nueva.
He corrido como un gamo.

LAMB. Está bien.

CATAP. (Pues no me abraza!)

LAMB. Retírate.

CATAP. Mandais algo?

LAMB. Nada! Que me dejes solo.

CATAP. Á la órden!

LAMB. Vete al diablo!

CATAP. Muchas gracias! (Está visto,
no se puede ser filántropo!) (Váse.)

ESCENA VIII.

LAMBERT.

Al fin la vuelvo á encontrar!
Al cabo de cinco años
la Providencia me brinda
lo que mi afan buscó en vano.

Salid de una vez del alma,
celos que habeis abrasado
cinco años mi corazon,
que esclavo de sus encantos
ha sufrido todos los
tormentos del condenado.
Afortunado amador,
hoy pagarás todo el daño
que hiciste al pobre Lambert.
Dios te trae hoy á mis manos;
y á la que tan sin piedad
con mi existencia ha jugado;
hoy tendré el bárbaro gozo
de verla á mis piés llorando.
Es decir... llorando... no!
Prefiero que en su arrebato
me maldiga y me... Qué importa
si no queda ya aquí abajo
nada parara mí! Lambert,
la piedad fuera un sarcasmo
con quien de tí no la tuvo.
Sé una hiena y serás algo. (Váse foro derecha.)

ESCENA IX.

LUISA, CÁRLOS, foro izquierda.

LUISA. Qué delicioso paseo!
Bien lo hubiera prolongado.
CARLOS. Tambien yo; pero el baron
tal vez llegue en breve rato;
y no es bien que á su futura
halle fuera del palacio,
donde, á ofrecerle hospedaje
debemos apresurarnos.
LUISA. El baron! No sé por qué;
pero sin serme antipático,
creo que nunca he de amarle.
CARLOS. Temores imaginarios!
Ser su esposa te conviene;
que al concederle tu mano,
devuelves á nuestra casa

su esplendor y antiguo rango.
LUISA. No es mi anhelo el de brillar
en el mundo aristocrático.
Más humilde es mi ambicion.
CARLOS. Y sin duda, reparando
en la tropa que hoy invade
el castillo, has recordado
tu empleo de cantinera?
LUISA. Sí: y á propósito, Cárlos,
dime?...
CARLOS. Qué?
LUISA. No has visto el número
que llevan esos soldados?
CARLOS. No.
LUISA. El veinticuatro de línea.
CARLOS. Y que sea el veinticuatro
ó el veintitres, qué más da?
LUISA. Da mucho, y voy á explicártelo.
Á ese mismo regimiento
de que tú ya no haces caso,
pertenecia Lambert.
CARLOS. Lambert?
LUISA. Sí; pobre muchacho!
Cuánto me amaba!
CARLOS. Oh, sí, mucho!
LUISA. Por cierto que dí mal pago
á su pasion.
CARLOS. En un dia
sólo que estuvo á tu lado,
te figuras que se inspira
ese férvido entusiasmo?
LUISA. Oh! Las mujeres en eso
nunca nos equivocamos.
CARLOS. Ademas, que de los muertos
no debemos acordarnos
mas que en nuestras oraciones.
Lambert murió há cinco años
en el ataque del Rhin.
LUISA. Sí; desesperado acaso!..
CARLOS. Basta ya de historias lúgubres;
vé á embellecer tu tocado
para recibir al huésped,

que pronto ha de ser mi hermano.

LUISA. Mucho he de vencerme aún
si has de darle ese dictado.
(Váse, puerta izquierda.)

CARLOS. Qué original es mi hermana!
Ingenuamente, no alcanzo
cómo en su memoria vive
el nombre de ese soldado,
y aquella farsa de boda
aún la preocupa tanto.

ESCENA X.

CÁRLOS, LAMBERT.

MÚSICA.

LAMB. Marcha de frente! Paso regular!
Se me figura que esto no es marchar,
Cataplun! Ó he tropezado,
ó es que el suelo anda quizá!

CARLOS. Qué eses hace este soldado!
Borracho sin duda está.

LAMB. Patrona, dormir la mona
quiero, voto á Lucifer!
En dónde está la patrona,
si es que se puede saber?

CARLOS. Silencio! (De buena gana...)

LAMB. Patrona!

CARLOS. Calla! Ó por Dios...
(Por estúpido y osado,
por grosero y animal,
á este pícaro soldado
voy á abrirle yo en canal.)

LAMB. (Suponiéndome embriagado
al sufrir ultraje tal,
no sospecha en el soldado
la venganza de un rival.)

CARLOS. Sal al punto de mi casa!

LAMB. No me encuentro de ese humor.

CARLOS. Ya la cólera me abrasa!

LAMB. Ya me ciega á mí el furor!

CARLOS. Salgamos!
LUISA. Deteneos! (Saliendo.)
LAMB. Qué miro! Es Isabel!
La cosa ya varia.
LUISA. Lambert!
LAMB. Sí, sí, Lambert.
CARLOS. Salgamos!
LAMB. Ante todo
veré si ella me es fiel.
Reclamo mis derechos;
me llevo á mi mujer.
LUISA. La boda fué una farsa.
LAMB. Yo en serio la tomé.
Tú eres mi esposa.
CARLOS. Nunca!
LAMB. Já! já! lo hemos de ver!
LUISA. CARLOS. Un matrimonio sin otras fórmulas
que dar redobles en el tambor,
ni ante los hombres puede ser válido,
ni mucho ménos lo acepta Dios:
De aquella farsa nécia y ridícula
yo considero nulo el valor;
sólo del alma la fe en depósito
guardan los votos que el cielo oyó!
LAMB. Cuando un amante tierno y solícito
jura á su esposa constante amor,
poco le importa que vanas fórmulas
el rito sellen de aquella union.
La fe jurada no es un depósito
que sólo guarda la religion.
Dentro del alma reside incólume
cuando su amparo le da el honor.

HABLADO.

CARLOS. Repito que ese matrimonio
es nulo.
LAMB. Conque nulo?
CARLOS. Sí.
LAMB. Lo que se te ocurre á tí

no se le ocurre al demonio.
CARLOS. Ni te disculpa tampoco
el amor, porque aunque es bella
Isabel, no ves en ella
más que el dote.
LAMB. Eh! poco á poco!
aquí se ha de hablar en plata;
y aunque ahora es rica, ántes era
una simple cantinera
y más pobre que una rata.
CARLOS. Sal de aquí pronto.
LAMB. No quiero.
Vengo por lo mio.
CARLOS. Á ver?
LAMB. Por esa que es mi mujer.
CARLOS. Pues yo soy...
LAMB. Un majadero.
CARLOS. Miserable! mas no quiero
manchar mi mano.
LAMB. Eso es llano.
Debe estar limpia la mano
ociosa de un caballero!
CARLOS. Oh!
LUISA. Cárlos!
CARLOS. Tienes razon!
pero me cegó la ira.
Veré al coronel.
LAMB. Pues mira,
apruebo tu decision.
CARLOS. No puedo sufrirle en calma
y no respondo de mí.
Adios. Espérame aquí. (Á Lambert.)
LAMB. Adios, vizconde del alma.

ESCENA XII.

LUISA, LAMBERT.

LUISA. Salid inmediatamente!
LAMB. Lo dices con una cara...
como si me lo mandara
un angelito inocente.

LUISA. Insolente!
LAMB. Por mi nombre
que harto respeto he guardado
á la mujer que ha jugado
con el corazon de un hombre.
Harto tu falso semblante
se divertió con mi vida
para poder en seguida
escapar con un amante.
Hoy ha llegado mi dia:
en el campo, niña noble,
te hizo mia un redoble,
y serás esclava mia.
(Cogiéndola por un brazo.)
LUISA. Lambert, Lamber!
LAMB. Es en vano
todo llanto y todo ruego.
LUISA. No me ofendais, que estais ciego;
el amante era mi hermano. (Arrodillada.)
LAMB. Tu hermano! El vizconde?
LUISA. Sí.
salvarle me era forzoso.
LAMB. Qué peso tan horroroso
se me ha quitado de aquí!
Tenia en mi corazon
un rayo que le abrasaba,
y la inteligencia esclava
de celos y de pasion.
De indiferencia y olvido
os acusaba, aunque en vano,
que por salvar á un hermano
todo os era permitido.
Ahora, aunque en mi pecho vibre
de amor el dardo acerado,
nada resta del pasado.
Señorita, ya sois libre.
LUISA. Oh!
LAMB. Más tranquilo palpita
en mi pecho el corazon.
Yo venceré mi pasion.
LUISA. Lambert!
LAMB. Adios, señorita. (Váse.)

ESCENA XIII.

LUISA.

Ya vuelve á ser el Lambert
noble, apasionado y digno
de otro tiempo. Se resigna
á no verme! Sí, es preciso
que olvide mi amor! Quién viene?
Será él otra vez! Qué miro!

ESCENA XIV.

LUISA y LUCÍA.

LUISA. Tú aquí, Lucía?
LUCIA. He venido
con mi regimiento.
LUISA. Sí?
No te acuerdas ya de mí?
LUCIA. No es fácil que os dé al olvido.
LUISA. Y ni deseos te dan
de darme un abrazo estrecho?
LUCIA. Señora, si me habeis hecho,
más daño que un huracan!
LUISA. Qué daño te pude hacer
para guardarme rencor?
LUCIA. Que me robasteis mi amor,
y mi amor era Lambert.
Verdad es que él no pensó
jamás en darme su mano.
él es un republicano
de camisa limpia, y yo
no puedo por más que intento
pulir mi rostro y mi traje,
soltar el rudo lenguaje
que aprendí en el campamento;
cuando el amor me arrebata
digo cada desatino...
y cuando me explico en fino
dice que meto la pata.

Y es que siento la delicia
del amor á mi manera,
y amo... como la pantera,
que ruge cuando acaricia!

LUISA. Bien merece tu pasion
que su alma la premiara.

LUCIA. Ay! si el alma se ganara
á fuerza de corazon...
Voto al cielo soberano!

LUISA. Qué es lo que harias?

LUCIA. Qué haria?
Yo se lo disputaria
á todo el género humano,
y le haria sucumbir.

LUISA. Tanto crees alcanzar?

LUCIA. Vos le hicisteis fusilar
y yo le he hecho vivir.

LUISA. Yo?

LUCIA. Vos. El dia postrero
que vuestra voz le llamó,
cuando el puesto abandonó
fugándose el prisionero,
le ataron sin decir *mus*,
y un consejo liso y llano
con la ordenanza en la mano
falló su muerte.

LUISA. Jesus!

LUCIA. Por fortuna, en el momento
de ir á sufrir su castigo,
el ejército enemigo
nos atacó el campamento,
y del cuadro ya formado
saliendo como una fiera,
no era ya un valiente, era
un hombre desesperado,
que entre la ruda batalla
de un alma que muerte ansía,
se arrojó á una batería
que vomitaba metralla,
y sus cañones tomó
con ímpetu furibundo
el primero.

LUISA. Y el segundo?
LUCIA. Vaya una pregunta! Yo!
En aquel trance cruel
nos guió la misma estrella,
á él á morir por ella,
y á mí á morir por él.
Le hirió una bala en el pecho;
á mí no me tocó nada;
cuando una es muy desgraciada
no halla nada de provecho:
y al irle á reconocer,
le dije, tu herida es mala,
y él dijo: ántes que la bala
me asesinó una mujer.
LUISA. Dios mio! qué he hecho yo!
LUCIA. Una indignidad!
LUISA. Lucía!
LUCIA. Desgarrar á sangre fria
un corazon que os amó!
y mientras vos le olvidábais,
para no verle espirar
yo le tuve que engañar
diciéndole que le amabais:
y así sanó; fuerte está;
pero aquella pobre vida
lleva en el pecho una herida
de la cual no sanará.
LUISA. Tanto me amó?
LUCIA. Es singular
la pregunta; vive Dios!
si dió la vida por vos,
que más os podia dar?
LUISA. Tu empeñada obstinacion
en que doble mi cerviz...
LUCIA. Es que por verle feliz
daria mi salvacion!
Acaso creeis, señora,
que es de grande amor indicio
el hacer un sacrificio
por aquel que nos adora?
qué es el dar la vida y fama
por quien sabe agradecerlo?

El sacrificio es hacerlo
por uno que no nos ama.
Todo mi esmero y cuidado
empleé con él, sin fruto.
Es increible, lo bruto
que es un hombre enamorado!

LUISA. Y dura aún su pasion?

LUCIA. Y durará eternamente
hasta que le dé en la frente
una bala de cañon.

LUISA. Qué fiera lucha!

LUCIA. Horrorosa!
os aseguro pardiez
que he estado más de una vez
á punto... de cualquier cosa!
Sólo el alma que lo siente
sabe estos rudos estragos.
Cuánta fiebre y cuántos tragos
de lágrimas... y aguardiente!

LUISA. Me encanta tu proceder,
y me admira tu valor.

LUCIA. Quereis hacerme el favor
de hacer feliz á Lambert?

LUISA. Oye, haz que vuelva acá.

LUCIA. Pero teneis algo aquí?

LUISA. Se me figura que sí!

LUCIA. Y si no viene?

LUISA. Vendrá!

MUSICA.

LUISA. Vé tú á Lambert y entrégale
esta amorosa prenda,
tal vez será esta ofrenda
rayo de nueva luz.
Si por mi amor, del mártir
quiso ceñir la palma,
con este don, va un alma
clavada en esta cruz. (Vase Lucia.)
Nadie me ha amado
como él me amó;

y amargo premio
dí á su pasion.
Si ahora fuera
sordo á mi voz!
Dios y la Vírgen
harán que no.
Si al ver mi desden
me amó tan tenaz,
yo haré que en su alma
se encienda un volcan.
Y al ver el amor
que el alma le da,
veremos si al bravo
le enseño yo á amar!

ESCENA XV.

CÁRLOS y LUISA.

HABLADO.

CÁRLOS. Vi al teniente coronel
y castigar me ofreció
á aquel insolente.
LUISA. No! pues yo me caso con él.
CÁRLOS. Hermana, te has vuelto loca?
LUISA. No; cumplo con mi deber.
Para el amor de Lambert
toda mi existencia es poca.
CÁRLOS. Haríais muy mal papel
en el mundo; y se dijera...
LUISA. Diga el mundo lo que quiera,
pero me caso con él.
CÁRLOS. Qué demonio te inspiró
tan absurda decision?
LUISA. Cárlos, en mi corazon
nadie manda más que yo.
CÁRLOS. Á mí no me satisface
tan desigual casamiento.
No abrigues el pensamiento
de ese desdichado enlace.

ESCENA XVI.

DICHOS, LAMBERT LUCIA.

LAMB. Tiene razon á mi juicio
el señor vizconde.
LUISA. Oh Dios!
LAMB. Nunca aceptará de vos
tan inmenso sacrificio.
Aunque con dolor cruel
á tal dicha he renunciado.
Ved que en nombre del soldado
lo dice el marqués D'Estrel.
Y os vuelve esta cruz bendita
que vos le enviasteis.
LUISA. Lambert,
me la vais á devolver?
LUCIA. Es forzoso, señorita!
LUISA. Tomais sangriento desquite
del dolor que os he causado;
yo dí la cruz al soldado,
y el coronel no la admite.
Alto blason de marqués
teneis hoy, ya nada os falta.
LAMB. Para que esteis vos mas alta
yo me pongo á vuestros piés.
(Á los últimos versos aparecen Horacio, Cataplasma y Coro general, y al arrodillarse Lambert dice.)

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

HORACIO. Mi coronel, á qué hora
mando tocar la llamada?
LAMB. Á ninguna; está aplazada
nuestra marcha por ahora.
CATAP. Tú, jarabe meconio,
que tantas mozas embargas,
vamos á ver, cuándo cargas
con la cruz del matrimonio?

CATAP. Á veces me entran deseos,
porque al fin la carga es justa;
no es la cruz lo que me asusta
sino...
LUCIA. Qué?
CATAP. Los cirineos.
Y aunque á mis placeres cuadre
me amedrenta el porvenir:
nada, yo quiero morir
soltero, como mi padre!

MUSICA.

LUISA. Al dulce afan de mi alma enamorada
brota una flor de inmensa candidez,
y al aspirar su esencia regalada
siento ya en mí la dicha y el placer.
CORO. El dulce afan de su alma enamorada
brota una flor de inmensa candidez,
y al aspirar su esencia regalada
siente ya en sí la dicha y el placer.

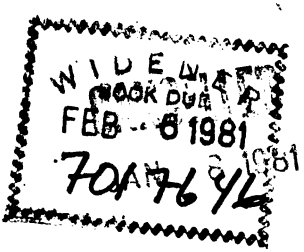
FIN.

NOTAS.

1.ª La escena del tercer acto, entre Luisa y Lucía, así como alguna otra del segundo, son originales de un aplaudidísimo autor dramático. Se hace esta aclaracion para rendir un tributo de respeto á este eminente poeta, á quien se debe indudablemente el éxito de este arreglo.

2.ª Puede suprimirse el cuento de Cataplasma en el acto segundo, así como la serenata de Cárlos en el mismo acto.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.